practica de las virtudes y á la composition de várias obras. Murió en 1578, á los cincuenta y cuatro años de su edad.

Ademas de algunas obras latinas, ha dejado en castellano : el libro de la *Vanidad del mundo*, el *Tratado de las cien meditaciones del amor de Dios*, *la Vida y excelencia de san Juan Evangelista*.

La erudicion del P. Estella era vasta, y aun ha perjudicado á la amenidad de su estilo : este es por lo comun noble y sencillo, exento de vanos adornos, sin carecer de cierta hermosura; pero es difuso, monótono, poco natural, y por lo tanto, muchas veces frio y pesado.

El *P. Fray Fernando de Zárate*, fué natural de Madrid, religioso de la orden de san Agustin y catedrático en la de Osuna. Dejó publicados los *Discursos de la paciencia cristiana*, obra llena tambien de erudicion en la que abundan mas las autoridades y ejemplos ajenos que los pensamientos propios, y cuyo estilo es natural, fácil y claro, pero falto de calor, de dignidad y elegancia.

Muy superior á los dos anteriores como escritor, es el Padre maestro *Fray Juan Márquez*, religioso agustino, que nació en Madrid, por los años de 1564, y fué catedrático en la universidad de Salamanca y predicador de Felipe III. Adquirió, bajo este último concepto, una fama extraordinaria, pues á su grande elocuencia acompañaban las mas aventajadas dotes de la voz y de la accion, pero segun sucedió á nuestros mas famosos predicadores, sus sermones no vieron la luz pública; y quedaron perdidos para nosotros, como igualmente un tratado que escribió sobre el *Modo de predicar á los príncipes* que no llegó á publicarse.

Las dos obras suyas que se conservan son : *los Dos Estados de la espiritual Jerusalen y el Gobernador cristiano, deducido de las vidas de Moisés y Jesucristo, príncipes del pueblo de Dios*, siendo esta última un contraveneno al *Príncipe* de Maquiavelo y á la *República* de Bodino, á cuyos principios opone una doctrina mas evangélica y digna del cristiano.

El estilo de Márquez, sobre todo en *la Espiritual Jerusalen*, es por lo general flúido, desembarazado y pulido; sin carecer en muchos lugares de cierto número y armonía, es aliñado sin falsos ni inútiles adornos, é ingenioso sin vanas sutilezas. Le sucede, sin embargo, lo que á todos los escritores de su tiempo, que retardaban la marcha de su discurso con citas y textos de autores ajenos, y no siempre se sostiene su lenguaje con la dignidad debida, degenerando á veces en familiar y bajo.

Escritor á par que ascético, político y moral como el anterior, fué el *P. Juan Eusebio Nieremberg*, nacido en Madrid en 1595, aunque de padres alemanes. Fué individuo de la compañía de Jesus, y enseñó en el colegio imperial de la corte, habiendo muerto en 1658. Muchas son las obras que publicó el P. Nieremberg, ademas de las que escribió y no vieron la luz pública. Las principales : *Obras y dias; Manual de señores y príncipes ; Diferencia entre lo temporal y eterno; Vida divina y camino real para la perfeccion*, y *Centurias de dictámenes prudentes y reales*.

Ya en tiempo de este escritor hallábase el gusto enteramente estragado, y por lo tanto participa de los resabios de su época. Ademas se le nota por lo comun poca correccion y lima, quebranta con frecuencia las reglas gramaticales, y es por lo tanto no pocas veces anfibológico y oscuro; pero en los pasajes que no tienen estos lunares, se encuentran frases concisas y sentenciosas, enérgicas metáforas y vivísimas imágenes, en lo cual mostró especial gracia y acierto.

CAPÍTULO VI.

HISTORIADORES.

Ocampo, Moráles, Zurita, Garibay.

Si España ha tenido gran número de escritores ascéticos, no es menor el de los historiadores, contando en este número las crónicas y las historias particulares que existen, no solamente de los antiguos reinos de la Península y de sus várias provincias, sino tambien de ciudades, corporaciones, conventos, institutos, y hasta de casas mas ó ménos ilustres. La riqueza que en esta parte existe, de la cual mucha yace inédita ó en el polvo de los archivos, es en realidad inmensa y puede inferirse por la coleccion de documentos que en el siglo anterior recogió la Academia de la Historia para la de nuestra nacion, los cuales ascienden al número de trece mil seiscientos sesenta y cuatro, entre ellos cuatrocientos treinta y nueve historiadores contemporáneos de los hechos que refieren, material inmenso de donde pueden sacar datos preciosísimos los que se dediquen á este género de trabajos.

Pero si la cantidad es grande, no así sucede en cuanto á calidad y mérito literario. Este mérito se encuentra en muy pocos, ya se atienda al plan y conjunto de las obras, ó á la crítica con que están escritas, ya se limite el exámen al estilo y lenguaje de su redaccion. Si algunas historias tenemos que casi pueden considerarse como dechado perfecto en esta última parte, las mas son fárragos indigestos, compilaciones fastidiosas que no se pueden leer sino por aquellos que, venciendo el tedio y repugnancia que causan, andan con afan en busca de los hechos históricos, adquiriendo este conocimiento á costa de ímprobo trabajo : como los viajeros que, internándose en regiones desconocidas, no llegan á un país fértil ó habitado, sino despues de atravesar selvas incultas é intrincados matorrales.

Á dos clases se reducen por lo general nuestros documentos históricos. Crónicas, é historias propiamente tales. Á la primera clase corresponden casi todos los publicados ántes del siglo XVI, y de que ya hemos hablado en capítulos anteriores. Estas crónicas concluyen, por decirlo así, en la de los Reyes Católicos por Pulgar; y aun ya esta participa en algun modo de los dos géneros; el carácter de las crónicas en la sencillez y minuciosidad en referir los hechos, y esa especie de candor con que sin querer pintan á veces sus autores, coetáneos los mas, el verdadero carácter de su época. En ellas los hechos particulares ocupan siempre mas lugar que los pertenecientes al Estado; y la individualidad es el carácter que mas las distingue de la verdadera historia, la cual afecta siempre mas generalidad en sus cuadros. Así tenia que ser miéntras la Península estaba dividida en multitud de reinos que, inciertos en sus límites, se iban poco á poco ensanchando, y ya se reunian, ya se separaban de nuevo : ademas, el carácter propio de la edad média, en la cual no habia verdadero espíritu público,

sino que predominaba el de localidad ó de privilegio, se oponia á esas historias generales que ya se ocupan de la nacion y no hablan de los individuos sino en cuanto tienen relacion con ella. Mas luego que por la reunion de todos aquellos diferentes reinos se formó la nacionalidad española, hubo la historia de tomar diferente carácter, y su tendencia fué á descubrir los hechos generales mas bien que los particulares.

Ya Alfonso el Sabio, que en todo manifiesta un genio superior á su siglo, adelantándose á él con mucho, hizo extender la *Crónica general de España;* pero despues de él no se siguió su ejemplo, y volvieron las particulares. Los reyes de Castila tuvieron casi todos sus cronistas, que ya invitados por los mismos soberanos, ya llevados de verdadero celo patriótico, como sucedió á Pedro López de Ayala otros, se propusieron trasmitir á la posteridad los hechos de sus contemporáneos.

Ya en tiempo de Cárlos V, echándose de ver la falta de una historia general que diese á conocer al mundo, reunidos, los hechos de una nacion que entónces dominaba la Europa, *Florian de Ocampo*, nombrado por aquel emperador su cronista, emprendió este grande é ímprobo trabajo. Tan útil y necesario pareció á los ojos de todos, que las córtes pidieron al soberano se dotase á Ocampo para que, exento de la asistencia á su iglesia, pudiese llevar mas libremente á cabo su comenzada empresa. Era este cronista canónigo de la catedral de Zamora, en cuya ciudad habia nacido; su erudicion fué vasta, mostrando particular aficion á las investigaciones históricas. No eran pocas las que tenia que hacer entónces para lograr su objeto, sobre todo siguiendo el plan que se proponia, plan tan vasto que la muerte no le permitió publicar mas que cinco libros de su *Crónica general de España*, correspondientes á los tiempos mas antiguos, los cuales fueron luego continuados hasta la union de los reinos de Leon y Castilla por *Ambrosio de Moráles* que sucedió á Ocampo en el empleo de cronista. Nació Moráles en Córdoba, año de 1513, y fué varon célebre, tanto por su virtud como por su sadiduría, y eclesiástico como casi todos los que en su tiempo se dedicaban á las letras.

No habia que pedir gran crítica ni filosofía á los historiadores de aquel tiempo : harto hacian con recoger datos esparcidos en monumentos y cronicones poco conocidos, y ordenarlos del modo posible. Las opiniones de su época, no permitian por otra parte dudar de infinidad de hechos que ahora se tienen por fabulosos ó exagerados; y así los referian con una credulidad que pasma, pero que no se deberia extrañar, atendidas las circunstancias en que escribieron. En cuanto á la forma, no se arredraban ante el inconveniente de dar á sus obras una extension desmedida; ántes bien parece como que este era un mérito que buscaban y se apreciaba en ellos. Con efecto, se las habian con lectores de distinta índole que los actuales : estos, ya por la multitud de obras que á merced de la imprenta corren en manos de todos; ya porque la ligereza del siglo infunde en ellos cierta frivolidad : y ya tambien porque, siendo mayor su número, no tienen muchos tiempo para tan largas lecturas, ó no las necesitan; exigen mas rapidez, mas concision en los escritos históricos; pero los antiguos pertenecientes á una época de erudicion y de estudios concienzudos, se complacian en esos pormenores, en esa misma pesadez que hoy tanto nos cansa y abruma. Fuera de esto, los historiadores de la época á

que hacemos referencia, tenian presentes y tomaban por modelo á los de la antigüedad; y á imitacion de ellos, gustaban de las largas descripciones de sitios y batallas, y de las pomposas arengas. En esto era en lo que principalmente ponian su cuidado : si á veces entraban en consideraciones acerca de los sucesos, no estaban estas consideraciones relacionadas con ningun sistema general de filosofía ó de gobierno que intentasen crear ó sostener : se limitaban al mismo hecho que daba ocasion á ella, con su correspondiente séquito de citas y autoridades antiguas. En una palabra, seguian el sistema histórico de *ad narrandum* en su mayor escala, y no conocian el de *ad probandum;* así es que generalmente nos dejan á oscuras sobre las costumbres, leyes y organizacion social de las épocas á que se refieren.

En cuanto al estilo, procuraban que fuese lo mas armonioso y elegante posible, recargándolo á veces de sobrados adornos, pero aun la belleza de este estilo no se conocia sino en ciertos y determinados parajes en que se esmeraban para pintar un carácter, hacer una descripcion, ó reproducir una arenga; pero su mismo sistema histórico impedia que el lenguaje tuviese constantemente las virtudes que apetecian, convirtiéndolos en minuciosos, difusos, incorrectos, lánguidos y cansados. Tal es el carácter general de nuestros historiadores; y estos vicios y estas virtudes de su estilo, preponderan mas ó ménos, segun han abrazado en sus obras mas ó ménos hechos, ó los han querido presentar en mayor ó menor escala. Así nuestros historiadores mas perfectos son : Mendoza, Melo y Moncada que se han contraido á corto número de hechos y á cuadros limitados.

De los dos que hemos mencionado ántes y que por ser autores de una misma obra se pueden confundir en uno, *Ocampo* y *Moráles*, aunque ambos manifiestan igual diligencia en la reunion de los hechos, y brillan del mismo modo en cuanto á la erudicion, el primero, no obstante, aventaja al segundo por lo que respecta al estilo. Este estilo, á la verdad, es por lo general pesado, desaliñado y redundante; pero donde el autor puede explayar su imaginacion como en las descripciones y pinturas, ostenta majestad, armonía y grandeza, hallándose dotado con muchas prendas de escritor perfecto. Hé aquí cómo pinta á Aníbal.

Era entónces Aníbal mancebo de hermosa disposicion, alto y bien delgado de cuerpo, la cara la tenia larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos, era muy razonado y muy cortés en demasía, la conversacion mucho dulce con la cual tenia mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitan de los ejércitos y señorío que Cartago tenia dentro de España, seria de hasta unos veinte y seis años : y puesto que fuese mozo, conocíase de él tanta sagacidad y prudencia que primero ni despues nunca se halló capitan en las cosas de guerra mas industrioso ni sabio. Jamas tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son, obedecer y mandar, ni con mas entendimiento lo supo hacer : tanto que la gente del ejército de ningun otro se confió mas, ni con igual osadía venia á las afrentas, que cuando sabia estar él presente.

Fué muy osado en acometer cosas peligrosas y muy inclinado á tratar hechos difíciles : y lo que suelen tener pocos hombres de que le

venian mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar de él. Nunca receló fatiga, ni su corazon fué vencido de pensamientos ni cuidados como quiera que los tuvo mas contínuos y mayores que ninguno otro de su tiempo. Sufria con igual perseverancia la calor y los frios; en su comer templadísimo. No tenia tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocupaciones ó negocios. Allí no descansaba sobre lechos ó camas delicadas porque muchas veces en las guerras que tuvo despues, lo hallaron en el suelo, revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traía la gente. Sus vestiduras y trajes como los comunes del ejército : toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos, y allegar y favorecer las personas valientes donde quiera que se hallasen. Cuando venian al frente, primero que nadie rompió las batallas de á pié ó de caballo como lo tomaban, y postrero de todos salió de ellas. Tenia maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen; que fué siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente cuanto debió tener un capitan muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le vencieron alguna vez, no fué por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, ó por sobrada valentía de los contrarios.

Otro escritor que intentó, igualmente por el mismo tiempo, hacer una historia general de España, fué *Estéban de Garibay* que públicó *los Cuarenta Libros del Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los Reinos de España*. Este historiador dió tambien prueba de exquisita diligencia en la reunion de hechos, llevando su empresa desde los tiempos mas remotos hasta la conquista de Granada. Es autor excelente para la consulta; pero su estilo es poco agradable, aunque sencillo y natural, acercándose mucho al de las crónicas.

Tambien son libros que merecen leerse y consultarse, como recopilacion minuciosa de hechos, *los Anales a corona de Aragon* por *Gerónimo Zurita*, y *los Anales históricos de los Reyes de Aragon* por el *P. Pedro Abarca*. Zurita se distingue particularmente por haber procurado dar una idea exacta de la constitucion de Aragon, manifestando cómo nació y fué creciendo hasta llegar á su mayor desarrollo. Pero no siendo suficiente el mérito de estos escritos como composiciones literarias y modelos de elocuencia ó de lenguaje para que nos ocupemos especialmente de ellos, pasaremos á hablar de otros historiadores que necesitamos examinar cen atencion mas detenida.

CAPÍTULO VII.

SIGUEN LOS HISTORIADORES

Mariana.

El primero que logró escribir de España una historia general completa, que á la buena coordinacion de los hechos reuniese la hermosura del lenguaje, y que por su mérito especial se granjease universal aprobacion, llegando á ser popular dentro del reino, y fuera de él celebrada, fué el *P. Juan de Mariana*, cuya fama ha subido á tal punto

que es todavía el que se lleva la palma entre nuestros historiadores, no habiéndose encontrado despues quien haya acertado mejor á pintar los sucesos de este pueblo tan singular en sus varios y contrarios destinos. De pocos libros se habrán hecho mas ediciones que de esta historia á pesar de su gran volúmen, y aun en el dia se hacen y se despachan rápidamente; y tan apreciado es, que se ha llegado á decir, hablando de él, *que Roma tenia medio historiador, España uno, y las demas naciones ninguno*. Esta importancia de la obra de Mariana nos obliga á ser mas detenidos en ella.

El nacimiento de Juan de Mariana fué al principio un misterio. Confiado el niño á los pocos dias de haber venido al mundo, y en la tarde de 1º de Abril de 1536, al cuidado del cura de la *Puebla nueva*, sin que se le dijese quiénes eran sus padres, se averiguó por último ser estos Juan Martínez de Mariana, canónigo de Talavera, y Bernardina Rodríguez, dama de la misma ciudad. Descubierto el secreto, cuidó el canónigo de la educacion de su hijo, el cual desde edad muy temprana manifestó vivo ingenio y felices disposiciones para las letras, por cuya razon fué enviado á la universidad de Alcalá donde á la sazon florecian los mas célebres profesores de España.

Tenia apénas Mariana diez y siete años, cuando se presentó en Alcalá el P. Nadal, enviado á Castilla por san Ignacio de Loyola para promover la institucion de la Compañía de Jesus. La fama del santo, la vida austera de Nadal, y mas que todo el ejemplo del duque de Gandía, inflamaron á la juventud castellana que corrió á vestir la humilde sotana de la Compañía de Jesus, y no fué de los últimos nuestro Mariana, el cual, fenecidos los dos años de probacion, volvió á la universidad. Fueron tales sus progresos, que tratando su general Diego Laynez de establecer en Roma el gran colegio de la Compañía, le envió, aunque mozo de veinte y cuatro años, para regentar la cátedra de teología que leyó por espacio de cuatro años. De Roma fué trasladado á Sicilia con el mismo objeto; y últimamente enviado á Paris cuya famosa universidad le admitió en su seno y confirmándole el grado de doctor teólogo y el empleo de profesor que ejercitó por mas de cinco años explicando á Santo Tomas.

Sus contínuas tareas y el clima de Paris debilitaron su salud, y al cabo de trece años de ausencia, volvió á España, fijando su residencia en la casa profesa de Toledo. Entregado allí á sus tareas literarias, fué tal la fama de su virtud y ciencia, que de todas partes le consultaban, y se le eligió para dar su dictámen en la ruidosa causa de Árias Montano, acusado de haber falseado el texto hebreo de la Biblia poliglota. Dos años tardó en revisar aquel colosal monumento y en dar el dictámen que decidió la cuestion favorablemente al acusado.

Pero el mismo Mariana estaba destinado á sufrir persecuciones de igual género : un tratado titulado *De las Enfermedades de la Compañía y de sus remedios* le granjeó el odio de su órden; y su obra *De Rege et regis institutione* fué condenada á las llamas como sediciosa por el parlamento de Paris; y el tratado sobre *la Alteracion de la moneda* le suscitó un proceso con privacion de su libertad, aunque al cabo de un año quedó absuelto.

Murió Mariana en la expresada casa de Toledo, á los ochenta y siete años de su edad, en 16 de febrero de 1623.

Muchas son las obras que imprimió Mariana, y aun se dice que dejó muchas mas inéditas; pero la que ha hecho su nombre célebre es su *Historia general de España*, única de que nos corresponde ocuparnos. Movióle á escribir esta historia la falta generalmente reconocida por todos de una obra semejante. Valióse para ella de todo cuanto se habia publicado anteriormente, así en latin como en romance, acerca del mismo asunto; pero deseoso de que corriese por toda Europa, y llevado de la manía general de los mas sabios escritores de aquella época, la compuso primero en latin, publicando en 1592 veinte libros, que despues aumentó hasta treinta. Sin embargo, temeroso de que su traduccion al castellano cayese en manos poco hábiles, la vertió él mismo al idioma patrio, haciendo considerables variaciones, y mejorándola siempre en cada una de las nuevas ediciones que hizo, dócil á los consejos de sus amigos y aun á las críticas de sus émulos. En esta forma es como mas se ha extendido y celebrado, siendo ya poco leida la latina, á pesar de su correcto y elegante estilo.

Difícil es apreciar el mérito de esta obra que muchos juzgan de distinto modo segun el diferente punto de vista bajo el cual la miran. Los que piensan que la historia se debe reducir á una serie de disertaciones sobre los sucesos que se refieren, presentándose estos con desnudez y laconismo; los que buscan un cuadro de la marcha progresiva de la civilizacion, de su leyes, usos é instituciones, estos tendrán en poco el trabajo de Mariana donde nada de eso se encuentra. Los que por el contrário, se contentan con el relato de los sucesos, hecho de un modo pintoresco y elegante, con un lenguaje puro, castizo y armonioso, estos alzan hasta las nubes la gloria de este escritor, aunque á veces le quisieran ménos prólijo y mas ameno. Como quiera que sea, no se debe pedir á Mariana mas de lo que él quiso hacer y le era dable hacer en su tiempo. Entónces se estaba léjos de querer dar á la historia ese carácter filosófico que ahora se busca en ella; se estimaba tanto mas cuanto mas se acercaba á los modelos de la antigüedad que se consideraban siempre como el dechado de perfeccion. La parte narrativa tenia que predominar, y si no se excluía la filosófica, esta tenia que ser breve é intercalada en la relacion á manera de sentencias rápidas, concisas y brillantes. Tito Livio como narrador, Tácito como razonador ó filósofo, tales eran los principales modelos, y tales los que se propuso seguir Mariana, procurando hermanar la brillantez del uno con el severo juicio del otro. Ademas se debe tener presente lo que el mismo Mariana dice de su obra y es: *que su intento no fué escribir historia, sino poner en órden y estilo lo que otros habian recogido, como materiales de la fábrica que pensaba levantar sin obligarse á averiguar todos los particulares, y que así nadie podia obligarle á mas de lo que él quiso obligarse de su voluntad.*

De todo esto resulta que son disculpables muchos de los defectos que actualmente se le atribuyen, defectos que no por eso le quitan el dictado de príncipe de nuestros historiadores, y que si algunos son ciertos, otros no son mas que relativos al diferente modo de ver que suelen tener sus críticos. Sin embargo, debemos aquí enumerarlos para que se tengan presentes y se juzgue.

Dícese que al juzgar de los hechos, los vió siempre por el lado mas

desfavorable, y los pintó con los mas feos colores, lastimando el crédito de la nacion y el honor de sus reyes; y atribúyese esto á su carácter agrio y desabrido. Mas aunque sea este defecto en gran parte fundado, su orígen está mas bien en el deseo de imitar á Tácito, como tambien en la severidad de sus costumbres y la entereza de su carácter que no le permitieron nunca desviarse de lo que él entendia ser justo y honesto, segun dió de ello insigne prueba en la famosa causa de Montano.

Añádese que hizo traicion en muchas partes á la verdad : que se dejó las cosas y sucesos de la nacion en las mismas tinieblas que ántes, que no consultó como debiera todos los documentos que en su tiempo existian; que dió por buenas fábulas y patrañas que la sana crítica repele; que no deshace muchos errores y preocupaciones vulgares, miéntras de su propia autoridad desestima sucesos que no admiten duda; que faltó á la puntualidad en la cronología y hasta en las citas : y por último que no satisface la curiosidad de los filósofos y políticos que desearian conocer el orígen, aumento, declinacion y alteraciones del estado de España, las causas de su grandeza y decadencia, la forma y progreso de su sistema civil, el espíritu de sus leyes, los varios semblantes que ha tomado la constitucion política en los diversos reinos que han venido por último á formar la monarquía.

Acerca de este último cargo hemos ya dicho ántes nuestro parecer, reducido á que no era tal el objeto del historiador ni el modo de considerar la historia de su tiempo; y aun ahora corresponderian semejantes consideraciones á un trabajo especial y hecho de intento, mas bien que á una historia general : en cuanto á las demas tachas, si muchas son por desgracia ciertas, se debe tener presente que fué el primero que acertó á componer una historia digna de este nombre : que por lo tanto, no pudo llevar tan inmenso trabajo á la perfeccion debida; que entónces no se tenian muchos datos que despues han rectificado ciertos hechos falsos ó adulterados : y por último, que las creencias y el espíritu de la época hacian juzgar los sucesos de muy distinto modo que actualmente, no pudiéndosele pedir lo que no permitia su siglo.

El estilo de la obra de Mariana es grave, terso y grandioso sin lunares de afectacion ni vanos adornos. Aunque sus locuciones tienen poca originalidad, ofrece en la diccion gran propiedad y fuerza. Sus imágenes y metáforas no son nuevas, pero las reviste siempre de un lenguaje majestuoso. Cuerdo y templado, ni es hiperbólico en las descripciones, ni en las pinturas pródigo de flores ó agudezas. Aspira á ser muchas veces conciso en la frase, logrando así darle vigor y valentía, pero en cambio se convierte no pocas en áspero y duro. Con todo su narracion tiene por lo general el verdadero carácter que conviene á la historia : se sostiene con gravedad, y marcha con admirable sencillez; si bien estas virtudes dan lugar en otros parajes á los defectos de sequedad y llaneza; prodigándose tal vez en el lenguaje los arcaísmos, por causa sin duda de la gran lectura y frecuente uso que debió hacer el autor de las crónicas antiguas.

En su sistema de escribir la historia, bajo cuatro puntos de vista hay que considerar el estilo, porque en ellos es en los que debe este tomar diferente carácter : en las descripciones, pinturas de caractéres,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

arengas y reflexiones ó sentencias de que está sembrado el texto.

Las descripciones son por lo general brillantes aunque rara vez exactas, dándose en ellas mas á la imaginacion, que á la verdad de los hechos; achaque comun á todos los historiadores de su escuela. Á veces no guardan la conveniente medida, haciéndose largas, y cansadas; pero cuando la ocasion lo exige tiene un lenguaje pintoresco y animado.

Cuando pinta caractéres, es casi siempre mas difuso de lo necesario; en vez de pintar con pocos pero enérgicos rasgos, y dar á conocer á los personajes por sus acciones, se detiene en grandes dibujos, dejando correr la pluma; y aunque lo hace con brio y pulso, no siempre acierta con la verdadera fisonomía, ni tiene el talento de caracterizar con una de esas pinceladas que se graban tan profundamente en la memoria.

En las arengas y discursos campean altas y nobles ideas con gran dignidad de lenguaje, siendo lástima que se muestre en algunas demasiado prolijo; pues enerva la fuerza, la verdad y valentía de las principales razones, tan gallardamente dichas como pensadas, con otras comunes, vagas y tambien superfluas.

Las máximas y sentencias son graves y sensatas, profundas á veces, pero hay no pocas débiles; y otras inútiles por su trivial moralidad.

Finalmente, aunque el lenguaje de Mariana tiene las buenas prendas que hemos insinuado, aunque en lo general puede servir de modelo, sus cláusulas suelen presentar una construccion dura é ingrata al oído, debiéndose esto á que unas van embarazadas de partículas ó artículos superfluos; y otras dislocadas, ó mas bien, desatadas entre sí, sin que se cuide el autor de suavizar la diccion redondeando los períodos y haciéndolos fáciles y armoniosos.

Daremos muestras del estilo de Mariana, bajo algunos de los diferentes aspectos que acabamos de considerar.

Descripcion de las costumbres primitivas de los españoles y su comparacion con las del siglo XVI.

« Groseras y sin policía ni crianza, fueron antiguamente las costumbres de los españoles : sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron extraordinariamente : no eran parte los tormentos por rigurosos que fuesen para hacérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos : la ligereza de los cuerpos extraordinaria : dados á las religiones falsas y culto de los dioses : aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual trasferidos en otras provincias, mostraron bastantemente : que ni en la claridad de entendimiento ni en excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia ni hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes contra los enemigos que astutos y sagaces. El arco de que usaban, simple y grosero : el mantenimiento mas en cantidad que exquisito y regalado : bebian de ordinario agua, vino poco : contra los malhechores eran rigurosos, con los extranjeros benignos y amorosos. »

Esto fué antiguamente, porque en este tiempo muchos han acrecentado así los vicios como las virtudes. Los estudios de sabiduría florecen cuanto en cualquiera parte del mundo. En ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud, en ninguna nacion tiene

la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse. En lo que mas se señalan es en la constancia de la religion y creencia antigua : con tanta mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteraron con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas. Sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increíble. Los cuerpos por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre : virtudes con que han vencido todas dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con abundancia de deleites y en el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida, y en vestido, y en todo lo ál. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con esto, debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres extranjeras, demas desto por la disimulacion de los príncipes, y por la licencia y libertad del vulgo muchos viven desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni á la lujuria, ni á los gastos, ni á los arreos y galas, por donde, como dando vuelta á la fortuna, desde el lugar mas alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que (mal pecado) nos amanecen graves daños y desventuras principalmente por el grande odio que nos tienen las demas naciones; cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios; pero ocasionado en parte de la esperanza de las condiciones de los nuestros, y de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

Carácter del condestable don Álvaro de Luna.

« De bajos principios subió á la cumbre de la buena andanza; de ella le despeñó la ambicion. Tenia buenas partes naturales, condicion y costumbres no malas; si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo muestran. Era de ingenio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas : usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en la habla : su astucia y disimulacion grandes; el atrevimiento, soberbia y ambicion no menores.

» Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años : con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenia de los hombres, como enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad; mostrábase áspero, en especial de media edad adelante; fué en la cólera muy desenfrenado, exasperado con el odio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió á manera de fiera que agarrochan en la leonera y despues la sueltan, no dejaba de hacer riza. ¿Qué estragos no hizo, con el deseo ardiente que tenia de vengarse? Con estas costumbres no es maravilla que cayese; sino cosa vergonzosa que por tanto tiempo se conservase. Varon verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso...

» Por espacio de treinta años poco mas ó ménos, estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacia sino por su voluntad... Pero con el ejemplo de su desastrada muerte quedarán avisados los cortesanos que quieren mas ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdi-

cion del criado, y los hados (cierto Dios) apénas permiten que los criados soberbios mueran en paz. »

Discurso de Pelayo, animando á los cristianos á que tomen las armas.

« Conviene usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte, sobrepujemos á los contrarios en el esfuerzo... Con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en el ánimo de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon; que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religion, por los hijos, mujeres, parientes y aliados que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tantos males; la adversidad y trabajos nos aviven y nos despierten... ¡Ó grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos... ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? Á los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra, estéril y menguada de todo, sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de la guerra, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino es los esforzados... Estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere mostrarme enemigo no mas á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinara de vencerme ó morir como bueno ántes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que mas deban temer. »

CAPÍTULO VIII.

CONTINUACION DE LOS HISTORIADORES.

Mendoza, Moncada, Melo.

La gran fama de Mariana y la importancia de su obra, ha eclipsado por mucho tiempo á otros historiadores que, limitándose á trabajos mas reducidos, los han desempeñado, sin embargo, de un modo admirable, y á quienes no vacilaríamos en dar la preferencia sobre aquel, si no fuese justo tambien tener en cuenta, al calificar los escritos, las dificultades de la empresa. Las que tenia que vencer Mariana eran con efecto inmensamente mayores, puesto que se dirigia su objeto á hacer

una historia general; y los otros á que ahora nos referimos, se han limitado á historias de sucesos parciales, no pudiéndose considerar sus obras mas que como fragmentos históricos; pero fragmentos de tal valor, que es preciso contarlos entre las joyas mas preciosas de nuestra literatura.

Joyas son con efecto, aunque de reducido volúmen, la *Historia de la guerra contra los moriscos del reino de Granada*, por *don Diego Hurtado de Mendoza;* la *Expedicion de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos*, de *don Francisco de Moncada;* y la *Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, en tiempo de Felipe IV*, por *don Francisco Manuel de Melo*. Ya se atienda á la disposicion general de estas obras, ya se tenga en consideracion su desempeño, la elevacion del estilo y la perfeccion del lenguaje, son unos verdaderos modelos en su género. ¡Lástima grande que la importancia del objeto no corresponda á su mérito!

El destino de las tres, sin embargo, fué desde luego desgraciado, pues quedaron ignoradas todavía mucho tiempo despues de haber sido compuestas. La de Mendoza, por consideraciones políticas, no se publicó hasta 1627, es decir, cuarenta años despues de la muerte de su autor; es verdad que desde su aparicion adquirió toda la nombradía que merece. La de Moncada, aunque fué impresa por primera vez en 1623, cayó en un completo olvido, y no volvió á hacerse de ella nueva edicion hasta el año de 1805, es decir hasta pasados cerca de dos siglos; y por último, la obra de Melo, si bien se imprimió en Portugal, patria del autor, hasta tres veces, desde la última edicion que fué en 1696, quedó tambien completamente oscurecida, á tal punto, que ni el diligente erudito don Antonio de Capmany hizo mencion de ella en su teatro de la elocuencia. Por fortuna, un ejemplar cayó posteriormente en manos del mismo Capmany, el cual prendado de tan estimable tesoro la reimprimió en 1808, y desde entónces su fama ha ido cada dia en aumento. Debemos ocuparnos con especialidad de estas tres obras.

Ya, al hablar de los poetas, hemos dado un lugar entre ellos á don Diego Hurtado de Mendoza. Nada dijimos de su vida, porque su resúmen está mejor colocado aquí, puesto que no solamente esta historia es la obra que mas célebre le hace, sino que en ella imprimió su verdadero carácter, siendo por lo tanto el escrito suyo en que tuvieron mas influencia los sucesos de su vida. Era Mendoza descendiente del ilustre marqués de Santillana, é hijo quinto del gran conde de Tendilla. Nació por los años de 1503, en Granada, donde pasó los primeros años de su vida, yendo despues á estudiar á Salamanca. Hallándose en aquella universidad, publicó el *Lazarillo de Tórmes*, de que hablaremos mas adelante, libro del género picaresco, nada conforme al parecer con el carácter y costumbres del autor, pero fruto entónces de la licencia estudiantina. Concluidos los estudios, pasó Mendoza á Italia donde se distinguió en los ejércitos, sin dejar por esto de frecuentar sus célebres universidades. Prendado Cárlos V de su vasta instruccion, resolvió emplearle en los negocios de Estado; le nombró su embajador en Venecia, y posteriormente en Roma. Asistió al concilio de Trento; y despues de una ausencia de treinta años, muerto el emperador, volvió á España, fijándose en Madrid, con